

Antonio Martínez González

# EL ESPAÑOL ACTUAL Y LA LENGUA DE LA JUVENTUD

SPANISH TODAY  
AND THE LANGUAGE OF YOUTH



## Antonio Martínez González

Profesor Titular de la Universidad de Granada, Departamento de Lengua Española. Autor de importantes estudios sobre lingüística aplicada, habla andaluza y literatura española. Ha publicado numerosos libros sobre su área de investigación.

[amartinez@ugr.es](mailto:amartinez@ugr.es)

Los jóvenes actuales hacen un uso especial de nuestra lengua. Este artículo resalta la capacidad de adaptación del lenguaje a las condiciones impuestas por las nuevas tecnologías.

*A study of the use of Spanish by young speakers, with an emphasis on the adaptability of the language to the conditions set by the new technologies*

El español actual es una lengua de cultura que sirve de medio de comunicación a unos 400 millones de habitantes repartidos por todo el mundo y que dispone de un organismo, la Real Academia Española (fundada en 1713), encargado de velar por su pureza y por su buen uso. La lengua, creación convencional del género humano como las relaciones sociales o la moda, evoluciona de forma natural con el paso del tiempo y en cada momento de su historia presenta un difícil equilibrio entre cambio y continuidad, entre evolución y tradición, o, podríamos decir también, entre uso y norma, sin olvidar que en el lenguaje hay un componente individual, personal, que se rige por la moda, por las preferencias personales, por la emotividad, y que puede escapar de cualquier control, a veces incluso hasta del control del propio hablante. Una de las manifestaciones de la evolución del español es que

frente a la norma lingüística establecida por la Academia se alzan algunos usos que parecen apuntar hacia nuevos rumbos en su caminar histórico.

El rico castellano del Siglo de Oro, que no tenía más norma que lo regulara que la voluntad de quienes en él escribían, perdió su flexibilidad a lo largo del poco creador (para España) siglo XVIII y llegó al XIX dividido entre el uso culto de los oradores y de muchos autores literarios, y el uso coloquial del pueblo (ajeno a la normativa académica) que algunos escritores querían llevar a sus obras costumbristas. Es en este siglo XIX donde se hace patente por primera vez el enfrentamiento entre las rígidas normas académicas y las necesidades expresivas de la literatura y de la prensa (texto 1). La lengua literaria del siglo XIX necesitaba revitalizarse para poder llevar a sus obras la espontaneidad de la vida diaria, y esta revitalización la consigue mediante la



admisión de voces y expresiones procedentes de la lengua vulgar. La mezcla del habla popular costumbrista, de la frescura del lenguaje coloquial del realismo y de la lengua culta literaria dará en los años finales del siglo XIX y en los iniciales del XX un curioso fruto: la "recreación" del lenguaje madrileño castizo por una serie de escritores entre los que cabe destacar a Carlos Arniches; fenómeno que viene a confirmar la influencia que la lengua literaria tiene sobre la lengua estándar y el valor normativo que los hablantes le conceden.

El lenguaje de Arniches, como el de otros costumbristas de la época —López Silva, Casero, etc.— que recreaban el habla castiza madrileña, presenta una desviación de la norma, o, quizá mejor dicho, una transgresión, que al ser aceptada por los hablantes de una comunidad, debido al prestigio que se reconoce al texto literario, crea a la vez una norma, aunque sea la norma de un uso regional o local.

El momento actual ha heredado del pasado los mismos problemas y confusiones. La gramática, lejos del espíritu normativo que mantuvo durante mucho tiempo, ha adoptado posturas eclécticas en cuanto a la elección del modelo de lengua y presta en sus análisis cada vez más atención a la descripción de la lengua hablada —la lengua viva que emplean a diario tanto cultos como incultos—. También ha cambiado de actitud la Academia, que en las últimas ediciones de su Diccionario ha dado entrada a muchas palabras que carecían del pedigrí que concede el uso literario. Pero, como en el siglo XIX, nos encontramos con la opinión conservadora y purista de los defensores de la norma que propo-

ne la Real Academia Española, y con el uso, o el abuso, de un gran número de hablantes, algunos de los cuales parecen incurrir en tales (ab)usos de una manera deliberada y consciente.

Basta hojear la prensa diaria para encontrarnos ambas posturas: la de los académicos y profesores, que con elegancia y esmero defienden a toda página la pureza y propiedad de la lengua amenazada, y la de los periodistas, que en la carrera contra reloj de la redacción parecen dispuestos a crear cada dos por tres nuevas acepciones cuando no nuevas palabras. Los segundos, los periodistas, en un continuo y recalcitrante desafío, no cejan en su empeño de quebrar la norma lingüística a diario. Los primeros, académicos y profesores, en un digno ejercicio de su autoridad, no cesan de recriminar los yerros y desviaciones de aquellos y de lamentar el olvido o la pérdida de los buenos usos lingüísticos. Y la verdad es que no sólo rompen la norma algunos periodistas —muchos hay que son modelos en el uso del lenguaje y no faltan quienes ocupan merecidamente sillones académicos—, también pueden encontrarse usos incorrectos en el lenguaje de los políticos, en la lengua del profesor, en la del abogado, en la del médico, etc., y en la del taxista, en la del pescadero, en la del albañil, en la del agricultor, en la de todos, en suma; lo que ocurre es que las palabras vuelan y lo escrito permanece y puede ser, por tal motivo, blanco fácil de la mirada sancionadora.

Pero los dardos de la recriminación no surten el efecto deseado por más que acierten en la diana del uso lingüístico que pretenden erradicar, y la



lengua, ajena a las llamadas de atención que se le hacen, sigue su camino sin perder, a pesar de todo, su función comunicativa. Porque, aunque a veces lo parezca, no se trata de dos “lenguas” enfrentadas dentro de la sociedad: la del, digamos, culto o purista y la del, valga también la palabra, transgresor, porque la comunicación, en un continuo milagro diario, se mantiene siempre; todos entendemos lo que nos dicen, como se ha entendido la palabra *pedigrí* que he dicho antes (“también ha cambiado de actitud la Academia —decía—, que en las últimas ediciones de su Diccionario ha dado entrada a muchas palabras que carecían del *pedigrí* que concede el uso literario”), palabra que la Academia incluye desde 1984 en el DRAE<sup>1</sup> con los significados de ‘genealogía de un animal’ y ‘documento en que consta’; la antedicha oración se comprenden aunque en ella *pedigrí* no se refiere a ningún animal, a ningún problema genealógico ni a documento alguno sobre ello, sino al carácter de palabra autorizada por la lengua literaria que concede el haber sido usada en alguna obra; el proceso mental que se ha seguido para comprender la nueva acepción es bastante sencillo: por comparaciones y metáforas, hemos pasado de ‘genealogía de un animal’ a ‘genealogía de una palabra’, y de ‘genealogía’, en

el sentido de ‘abolengo, estirpe’, hemos llegado a la idea de ‘palabra con alcurnia literaria’, es decir, ‘con uso literario’, que es lo que quería decir.

La lengua, el español, sufre hoy, como antes, los usos de hablantes que, por diversas circunstancias, no se atienen a la norma que la tradición, la literatura y el uso culto han establecido. Hay unos que lo hacen de manera inconsciente, por incultura, y hay otros que actúan de manera consciente, por novedad, por rebeldía, por deseo de identificarse con un grupo, por, en suma, eso que Saussure llamó “el espíritu de campanario”. En el español actual es posible ver, entre otras, dos tendencias: una, que ofrece a los hablantes como modelo de lengua usos propios de gentes incultas (vulgarismos y regionalismos), y otra, que presenta un modelo de lengua semiculto o pseudoculto que pretende aproximarse a arquetipos clasicistas (o pseudoclasticistas).

El modelo “vulgar” de la primera tendencia suele aparecer en el habla coloquial de ciertos estratos sociales, relacionado frecuentemente con ciertas modas más o menos pasajeras, pero, aunque no faltan ejemplos de ese uso en obras literarias, canciones y medios de comunicación, no suele tener trascendencia para la lengua estándar porque goza de escasa consideración social.

Junto a este modelo vulgar puede observarse hoy una tendencia semiculta o pseudoculta que por su abundante producción, fundamentalmente en el campo léxico, parece que está llamada a marcar ciertas direcciones en la evolución del español. Este modelo sí parece estar penetrando cada vez

<sup>1</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Diccionario de la lengua española (DRAE); la última edición, la vigésima segunda, conoce una impresión en papel, Madrid, Espasa-Calpe, 2001, y otra electrónica en disco compacto, versión 1.0., Madrid, 2003; la de 1984 fue la vigésima edición. Tomo el DRAE como referencia normativa de la lengua, también utilizo las obras de Manuel SECO REYMUNDO, Olimpia ANDRÉS PUENTE y Gabino RAMOS GONZÁLEZ, Diccionario del español actual (DEA), 2 tomos, Madrid, Aguilar, 1999, que recoge términos que no aparecen en el DRAE, y María MOLINER, Diccionario de uso del español (DUE), 2 tomos, Madrid, Gredos, 1998 (2ª edición), que, en cuanto al léxico, sigue muy de cerca a la Academia.



con más fuerza en la lengua de la mayoría porque tiene a su favor el amplio uso que se hace de él en los medios de comunicación, en la tribuna política, en las aulas, etc., y porque goza, dada su tendencia al "cultismo", de bastante estima social.

La tendencia voluntaria hacia un modelo de lengua vulgar pudiera estar relacionada, en algunos casos, con una cierta conciencia de clase o de grupo y con el deseo de identificarse e integrarse en ese grupo; cuenta este modelo con la "autorización" de algunas obras literarias costumbristas, de algunas canciones<sup>2</sup> y de algunos medios de comunicación. Si el "genero chico" de Arniches creó la lengua popular de Madrid, no faltan quienes parecen empeñados en recopilar ciertos usos muy particulares de la lengua, recrear lo que pudiera faltar y proponerlo como "lenguaje" usual de un determinado grupo social o de una determinada ciudad. Tal es el caso, por citar algunos ejemplos, del "cheli", la lengua coloquial de cierta juventud, del que se han publicado un par de vocabularios<sup>3</sup>, tal es el caso de las recopilaciones que se han hecho de la lengua de la calle de Sevilla, para uso y conocimiento de los extranjeros que llegan a cursar estudios en su universidad, y tal es el caso del Diccionario agropó, publicado por la Universidad de Sevilla, (texto 2) o del pequeño glosario titulado Aprende

almeriense en tres días, publicado por el Ateneo de Almería.

Pero si en algunas de estas obras es patente el tono humorista e ingenioso, también es patente el interés por presentar un modelo lingüístico que extendido por la canción o por los medios de difusión, no contribuye precisamente a consolidar la unidad lingüística y a difundir el modelo de lengua estándar que es deseable. Igual ocurre con el chiste fácil del humorista que imita la pronunciación o el habla vulgar de una región española: rápidamente se toma ese uso como modelo que se enfrenta al de otra persona o al de otro grupo social.

En el fondo parece que subyace algo del espíritu rebelde e independiente que la historia dice que tenemos los españoles y que se manifiesta tanto en la lengua como en la política. La lengua, de todos es sabido, se convierte a veces en bandera que se exhibe ante los demás para confirmar la identidad de un grupo bien políticamente, bien socialmente, y los ejemplos no faltan: en enero de 1986 el Conseller-Regidor de l'Àrea de Joventut i Esports del Ajuntament de Barcelona escribió una carta en catalán a la empresa Isleña de Navegación, S.A., de Algeciras recabando información sobre cursos y actividades deportivas para el verano de ese año (texto 3); a la citada carta se podía haber respondido en español estándar, lengua que dispone de excelentes recursos para zaherir y denostar la falta de delicadeza demostrada por el conseller al enviar en catalán una petición a una empresa de una ciudad que no habla esa lengua, cuando disponía de otra, el español, para comunicarse per-

<sup>2</sup> Desde la canción popular y folclórica propia de cada región, hasta ese modelo, por citar un reciente ejemplo andaluz, de lo que se ha dado en llamar el "agropó", difundido especialmente por el conjunto musical No me pises que llevo chanclas.

<sup>3</sup> Umbral, F., Diccionario cheli, Barcelona, Grijalbo, 1983, y Ramoncín, El nuevo tocho cheli: diccionario de jergas, Madrid, Temas de Hoy, 1996.

fectamente; pero se eligió una de las variedades del español que se habla en Andalucía, la que es usual en Algeciras; con ese registro vulgar la carta de respuesta quería levantar su bandera idiomática frente a la catalana y dejar bien patente la identidad individual del municipio manifestada a través de la lengua: la carta andaluza quería demostrar, además, que también se disponía de una "lengua" que el otro no entendería. Pero la historia no termina aquí: esta anecdótica carta se ha convertido en ejemplo del habla andaluza y ha sido esgrimida como tal en diversas publicaciones.

A pesar de todo, como he dicho antes, esta tendencia hacia un modelo vulgar apenas si supone alteración de la lengua estándar porque la lengua sitúa esos usos en el nivel vulgar, nivel que automáticamente es rechazado por los hablantes que se desenvuelven en otros niveles. La lengua estándar y la lengua culta se ven libres de cualquier contaminación, además, por la consideración social negativa que tienen los vulgarismos. Otra cosa es, lógicamente, la capacidad que puedan tener algunos hablantes para usar uno u otro registro idiomático según las circunstancias.

De más trascendencia parece, en cambio, la otra tendencia, la que presenta un modelo de lengua semiculto o pseudoculto que sí está penetrando cada vez con más fuerza en la lengua de la mayoría porque goza, por su ropaje "cultista", de bastante estima social, porque es manifestación de la predisposición a la innovación de la lengua, y porque tiene a su favor el amplio uso que se hace de él en el discurso político y en el científico, en el foro y en

la cátedra, pero especialmente en los medios de comunicación social, en los que el deseo de reflejar el lenguaje de la calle (entrevistas, informaciones), las necesidades expresivas y la urgencia de la redacción favorecen la introducción de términos nuevos.

En relación con esta última afirmación, no faltan quienes mantienen que no tienen los medios de comunicación conciencia de su función social y cultural respecto del idioma, de ahí que el lenguaje de estos medios presente peculiaridades lingüísticas (fónicas, gráficas, morfológicas y sintácticas) y se haya cargado de jergas políticas y económicas, de vocabulario y expresiones no normativas, y de argot de grupos particulares. Los libros de estilo publicados (ABC, El País, Agencia EFE, Televisión Española, etc.) muestran claramente un intento de remediar tal situación, pero la realidad es que apenas si se observa mejora en el uso de la lengua.

No debemos olvidar que el modelo lingüístico del español actual no es el literario, sino el de los medios de comunicación, de ahí que prensa, radio y televisión sean los más eficaces recursos para mantener la unidad de nuestro idioma a ambos lados del Atlántico y, al mismo tiempo y si no se cuida su lenguaje, los que mayor daño pueden ocasionar. De todos los medios de comunicación la televisión, por ser seguida por millones de personas, actúa como guía y su influencia sobre la lengua supera, en mi opinión, a la que pueda ejercer el sistema educativo.

La lengua se renueva por las necesidades expresivas de la comunicación, porque las antiguas pala-



bras se van haciendo neutras y las nuevas son más enfáticas, más específicas. De ahí que en su afán de acercar la realidad y las opiniones de todos al lector o al oyente, y ante el deseo de presentar un lenguaje innovador, los medios de comunicación han abierto las puertas del idioma y han permitido y, a veces, promovido la entrada de palabras y expresiones nuevas —vulgarismos, extranjerismos o creaciones pseudocultas— que desde ellos se han extendido a la lengua de los demás. Tal situación se ve favorecida por la necesidad que tienen tales medios de huir de la monotonía, por la distancia cada vez mayor que hay entre la lengua modelo del Diccionario académico y el léxico de los avances científicos, y por los cambios y modas sociales. Para Lázaro Carreter “nuestro Diccionario representa una extraña idealización del léxico hispano, en el que conviven sincronía y diacronía, voces comunes y extravagantes, modalidades diastráticas y diatópicas que no se justifican más que otras ausentes; y en la que pueden producirse omisiones asombrosas, por el modo del trabajo lexicográfico, que no procede a revisiones y rastreos metódicos. El resultado es que la lengua reflejada en el Diccionario no se ha usado nunca, ni se usa, en parte alguna; y que la lengua que se usa, sólo parcialmente está en él” (Lázaro Carreter, 1985: 30), pero, dice también Lázaro Carreter, “no son los extranjerismos el problema de más envergadura que debe afrontar quien habla o escribe para el público: mucho más importante [...] es la inseguridad en su propia lengua” (Lázaro Carreter, 1995: 25).

Las nuevas creaciones, que son, y no por suerte, muy numerosos, se pueden encontrar en todos los niveles de la lengua (fonético, morfológico, sintáctico y léxico), en cualquier registro idiomático y en casi todos los medios y canales de comunicación, y, por lo que respecta a las palabras, siguen en su formación los procedimientos habituales de la lengua para adquirir nuevo léxico. Tales usos, tales desviaciones del uso normativo, no merecen especial atención en tanto que creaciones individuales, el problema surge cuando estas desviaciones comienzan a generalizarse. Como un ejemplo vale más que cien palabras, me permito ofrecerles algunos extraídos de la lengua nuestra de todos los días: (texto 4)

Habitual en el lenguaje de los medios de comunicación es el uso del verbo *publicitar* con el significado de ‘publicar’ en ejemplos como “sólo resta *publicitar* la nueva convocatoria”, “mañana se *publicitará* la decisión de los lores sobre la extradición de Pinochet”. Del verbo latino *publico* (infinitivo, *publicare*) procede el español *publicar*, y de aquí, entre otras voces, *publicidad* (que aparece ya en Santa Teresa), y más recientemente *publicista* y *publicitario*, voces que el DRAE recoge después de 1925; quizá por influencia de esta última palabra el español ha creado recientemente el neologismo *publicitar*, voz que es fácil oír en el lenguaje de los medios de comunicación y que se encuentra dentro de la tendencia a las palabras polisilábicas del español actual. El DEA (1999) incluye *publicitar* ‘hacer publicidad de algo’; el DUE (1998) recoge



el verbo con el significado de ‘promocionar algo mediante la publicidad’.

También es frecuente el uso de *repcionar* por recibir: “el Ayuntamiento de Granada se niega a repcionar el nuevo edificio”, “la Comisión Ejecutiva del PSOE ha repcionado la notificación del Gobierno”, el pasado 7 de octubre decía el portavoz del Gobierno andaluz que la creación de la policía autonómica “abre la posibilidad de repcionar nuevas competencias en el futuro”. La voz no aparece en el DRAE (2001); el verbo latino *recipio* (infinitivo, *recipere*) ha dado en español el verbo *recibir* y el sustantivo postverbal *recepción* (del latín eclesiástico *receptio*, a su vez del supino clásico *receptum*), que el DRAE registra en su primera acepción como “acción y efecto de recibir”; sobre este sustantivo se han formado el nuevo verbo *repcionar*, pseudocultismo que se ha extendido con facilidad al amparo de la tendencia de la lengua actual hacia las palabras polisílaba. Se puede observar una mayor frecuencia del uso del verbo en infinitivo, las formas conjugadas son escasas. El DEA (1999) recoge el verbo con el significado de ‘recibir’ y con la indicación de que su uso es raro.

Muy frecuente del español actual es la locución prepositiva *a nivel de* usada en vez de las preposiciones *de*, *entre* o *en*: “reunión a nivel de ministros”, “la información se difundió a nivel de alumnos, no a nivel de la calle”, “el asunto tuvo repercusión a nivel de todo el Estado”, “a nivel de sindicatos se baraja la posibilidad de fuertes medidas de presión”, “la decisión de la Junta Militar no

tuvo repercusión más que a nivel de cuarteles”. El DRAE (2001) recoge ocho acepciones, varias frases preposicionales y la locución adverbial *a nivel* “en un plano horizontal” (“las dos superficies están a nivel”); el DEA (1999), s. v. *nivel*, recoge la expresión *a nivel de* como propia del uso semiculto con los significados de ‘en o con el grado de’, ‘entre’, ‘en el ámbito de’, ‘desde el punto de vista de’, ‘en el aspecto de’. La expresión *a nivel de* es, junto con la siguiente —en base a— una de las más frecuentes del lenguaje actual y aparece con bastante asiduidad en el discurso político, en textos sociológicos y económicos, y en la prensa. Atenta contra la tendencia a la concisión del lenguaje y en todos los ejemplos recogidos su sustitución simplifica la redacción y mejora la comprensión de la frase: “reunión de ministros; la información se difundió entre los alumnos, no en la calle; el asunto tuvo repercusión en todo el Estado; entre los sindicatos se baraja la posibilidad de fuertes medidas de presión; la decisión de la Junta Militar no tuvo repercusión más que en los cuarteles”.

También es frecuente el uso de *en base a* con los significados de ‘según’, ‘de acuerdo con’, ‘basándose en’: “se cobra en base al trabajo realizado”, “multado en base al artículo 128”, “el Ayuntamiento actuará en base a los informes de los peritos, no en base a las informaciones de la prensa”. Figura en el DEA (1999), s. v. *base*, como propia del uso semiculto con el significado de ‘tomando la base [elemento que sirve de punto de partida] de’. El DRAE (2001) no recoge este frecuentísimo uso que no viene sino a confirmar la preferencia de la lengua actual



por las perífrasis y las construcciones más complejas. La expresión es anómala dentro de la estructura del español y la preposición *a* no presenta aquí ninguna de sus funciones propias. Parece ser una creación reciente que se ha difundido a través del discurso político y del lenguaje periodístico.

Cito dos ejemplos más de desviaciones del uso debidas a la inseguridad en el dominio de la lengua oídos a locutores de televisión, el primero forma parte de una noticia leída: “[los miembros de una familia de narcotraficantes] tenían cinco chalés que aportaban grandes medidas de seguridad”. El verbo *aportar*, que significa, según el DRAE (2001) ‘contribuir, añadir, dar’ se ha usado en el sentido de ‘tener, disponer, presentar’, creo que la atribución de este nuevo significado es un hecho ocasional; posiblemente el periodista escribió “...tenían cinco chalés que tenían grandes medidas de seguridad” y eliminó la repetición mediante la asignación a *aportar* (no encontró otro verbo) de un significado nuevo que no recoge ninguno de los diccionarios consultados.

En el segundo ejemplo, la locutora quería informar a los televidentes del número premiado esa noche en el sorteo de la ONCE y dijo: “Un bonito número ha sido el agraciado hoy en el sorteo de la ONCE y, como cada noche, se lo ofertamos...”. Posiblemente el empleo del verbo *ofertar*, que significa ‘en el comercio, ofrecer en venta un producto, hacer una oferta por un producto’ se deba tanto a carencia de recursos como a la tensión nerviosa de los programas en directo, porque lo que quería decir, creo yo, era que “...como cada noche, se lo anunciamos”, y si no parece adecuado el verbo

anunciar, pues se lo decimos, se lo comunicamos, se lo participamos, se lo indicamos, etc., todo menos ofrecerlo en venta, pues puede incurrirse en delito fiscal.

En estos casos, como en otros muchos que han merecido acertados comentarios<sup>4</sup>, hay, por supuesto, una desviación de la norma, pero también hay un deseo de emplear un tipo de lenguaje que diferencie al que lo utiliza de los demás, que reafirme su pertenencia a un grupo social “culto” frente a otros, que señale fronteras socio-culturales, que cause admiración o extrañeza, o que demuestre un “dominio” de la lengua. Cuando esto es patente creo que se podría hablar perfectamente de una tendencia semiculta o pseudoculta, la misma tendencia que promueve el cultismo panificador, incluido en el Diccionario académico a partir de 1984, y arrincona el arabismo *tahona*, y la misma tendencia que opta por el cultismo operario frente a obrero; porque aparte de lo que indique el convenio colectivo del sector en materia económica, hoy merece mejor consideración social y parece

<sup>4</sup> El deseo de corregir las desviaciones de la norma ha llevado a muchos a tratar este tema desde las páginas de la prensa: “El idioma nuestro de cada día”, en *La Estafeta Literaria* (1968-1970), “El dardo en la palabra”, de F. Lázaro Carreter, en *Informaciones*, ABC y distribución de la Agencia EFE (1975-1997; vid. Lázaro Carreter, F., *El dardo en la palabra*, cit., donde se recopilan los artículos publicados bajo este título), “El disparate” y “Diálogo de la lengua”, firmados por Criticón y El Brocense, respectivamente, en ABC (últimos años de la década de los setenta y primeros de la del ochenta); en ABC han aparecido otras columnas sobre el mismo tema: “Calle de Felipe IV. Real Academia”, de F. Lázaro Carreter; “El habla nacional”, que cambió su título en 1986 por “El quirigay nacional”, de Tamarón; los comentarios de Valentín García Yebra en la sección “Tribuna abierta”, etc., por citar algunas de las voces que con mayor frecuencia han denunciado estos abusos.

más “culto” ser operario de la panificadora que obrero de la tahona.

Hasta aquí me he referido a la lengua en general, al español de todos. Debo ahora, para completar el título de esta primera lección, referirme al lenguaje de la juventud. Creo que todos hemos oído decir que la juventud actual tiene un lenguaje pobre, falto de recursos expresivos, en el que se repiten frecuentemente las muletillas (cosa, bueno, no sé, tío, etc.), y esto es así no porque los jóvenes de hoy se hayan propuesto hablar mal; creo que en este tema hay que tener en cuenta el problema de la enseñanza en España, es decir, la cuestión del fracaso escolar y de la calidad de la enseñanza. Si vemos que un joven de 19 años, con el bachillerato terminado, es incapaz de hacer una suma de quebrados, resolver una sencilla ecuación u obtener la raíz cuadrada de 625 sin ayuda de la calculadora, atribuimos la falta de raciocinio matemático a defecto del sistema escolar; igual ocurre cuando nos dice que «la ballena es un pez muy grande» o no sabe qué es la fotosíntesis. De la misma manera hay que atribuir a carencias del sistema de enseñanza el hecho de que ese mismo joven sea incapaz de analizar y comprender un texto, de expresar sus ideas con cierta desenvoltura o de redactar un escrito correctamente<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Los planes de estudios actuales presentan graves carencias de contenidos y exceso de instrucciones metodológicas, y no prestan a las Humanidades la atención que requieren, por lo que, además de faltas de conocimientos, los jóvenes estudiantes llegan a la universidad, algunos a estudiar teorías lingüísticas, sin un dominio suficiente de la lengua española. Por ello, el Consejo Escolar del Estado ha solicitado a la Administración educativa que potencie las Humanidades, dada su importancia para la educación integral de los alumnos, y señala como objetivo fundamental el dominio de la lengua oral y escrita, y el conocimiento de la literatura como manifestación histórica en especial.

Además de los defectos que presenta el sistema educativo, y que la reciente Ley de Calidad de la Enseñanza pretende solucionar, hay que llamar la atención sobre el abandono de la lectura y sobre la influencia que los medios de comunicación tienen sobre la juventud. Ya he dicho antes que el modelo lingüístico del español actual no es el literario, sino el de los medios de comunicación, y que de todos esos medios, la televisión, por ser seguida por millones de personas, actúa como guía y su influencia sobre la lengua supera a la que pueda ejercer el sistema educativo.

En una entrevista publicada por el diario La Razón el pasado 7 de junio (de 2003), cinco días antes de leer su discurso de entrada en la Real Academia sobre «El habla de un bravo del siglo XVII», el escritor, periodista y académico Arturo Pérez-Reverte (texto 5) comparaba el habla de los delincuentes del Siglo de Oro con la de los jóvenes de hoy y, según el periodista que escribió la entrevista, decía que «mientras el habla de los jóvenes se degrada, se simplifica y se hace chato, el de los delincuentes en las cárceles sigue siendo una lengua muy viva. Hoy, el habla de los delincuentes tiene una creatividad lingüística mucho mayor que el mundo limitado de los móviles». Acerca del empobrecimiento de la lengua Pérez-Reverte opinaba que se «ha bajado la guardia y estoy hablando de ministros de cultura, de enseñanza, se ha permitido que los analfabetos se hayan apoderado de los medios de difusión pública sin hacer nada para impedirlo. Los políticos hablan como auténticos analfabetos. Hay discursos en el parlamento que da vergüenza escucharlos [...]



y esa gente marca la pauta. Se empobrece [el idioma] porque no se le da importancia y como nadie lo valora, nadie lo cuida». El escritor y académico hablaba de la consideración social que de la lengua hay en Hispanoamérica y explicaba que «en América todavía la lengua es una distinción social. Si tú manejas bien la lengua eres bien considerado en tu entorno social. Se supone que eres culto. En España, los analfabetos alardean de su grosería y vulgaridad sin complejos». Sobre el lenguaje de la juventud y la norma académica decía que la lengua debe tener una «raíz de ortodoxia y unidad», pero también debe poseer la «libertad para adaptarse y unirse a los jóvenes. Los sabios de la RAE tiene que hacer compatible la tradición con la parte mestiza y moderna». Pérez-Reverte, que cuenta con una larga trayectoria periodística a sus espaldas, afirmaba que la culpa de la penosa situación de lengua —de la lengua de jóvenes y no tan jóvenes— es tanto del sistema educativo como de los medios de comunicación, «el periodista —decía— es responsable del empobrecimiento de la lengua. Los medios de difusión y el Gobierno como responsable y directores están haciendo una vejación criminal respecto a las obligaciones del lenguaje que están manejando [...]. Mi vida es una lucha contra los vicios y los recursos del periodismo».

Si bien es cierto que muchos jóvenes muestran un uso poco correcto de la lengua, no es menos cierto que este uso cae dentro de la informalidad y de la rebeldía propia de la juventud, es decir, se puede considerar una consecuencia más de la actitud de no sujeción a las normas, que presenta la conducta

juvenil en bastantes aspectos, como la vestimenta, el comportamiento social, las fiestas, etc. La rebeldía juvenil puede llevar a usar el lenguaje como barrera lingüístico-generacional ante el habla de los mayores (de los carrozas, como dicen algunos) y a despreciar sus normas de utilización; un ejemplo claro lo tenemos en las palabras viejo, vieja o viejos, utilizadas en vez de padre, madre o padres, quizá porque estas palabras se refieran tanto a los progenitores como a la autoridad familiar; los demás, ya lo saben, somos tíos o carrozas. Las palabras novio, novia, novios, se usan cada vez menos, posiblemente porque sus significados impliquen un compromiso que hoy parece no querer contraerse, y los jóvenes dicen que son amigos, y, si la situación es de convivencia, mi pareja. Otro ejemplo, gráfico en este caso, es el uso en letreros y grafitos reivindicativos o de protesta social de la letra K en palabras que no la tienen; uso consciente y voluntario, relacionado con movimientos ákratas (“ákratas”) como en el nombre de un colectivo “okupa” de Madrid llamado “La Eskalera Karakola”,

Otro hecho, relacionado también con el lenguaje de los jóvenes, es el uso que se hace de la escritura en los mensajes de los teléfonos móviles (texto ó). La comunicación mediante mensajes telefónicos escritos, los llamados SMS<sup>6</sup>.

Hay quien opina que estos mensajes aconsonantados, con muy pocas vocales, pueden afectar a la lengua; yo creo que estos mensajes afectan a la or-

<sup>6</sup> Según información publicada en El País Semanal de 27 de julio de 2003, p. 90, los clientes de Telefónica Movistar enviaron el año 2002 a través del teléfono móvil 13.640 millones de mensajes.



tografía del español, no a la lengua, entendida ésta como sistema de comunicación oral, y demuestran la capacidad de adaptación del lenguaje a las condiciones impuestas por las nuevas tecnologías, es decir, la adaptación del sistema de comunicación a un canal que limita el número de signos y la longitud del mensaje.

## TEXTOS DE APOYO

### 01

**Benito Pérez Galdós, «Prólogo» a *El sabor de la tierruca* (Barcelona, 1882), de José María de Pereda:**

“Una de las mayores dificultades con que tropieza la novela en España consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para reproducir los matices de la conversación corriente. Oradores y poetas lo sostienen en sus antiguos moldes académicos, defendiéndolo de los esfuerzos que hace la conversación para apoderarse de él; el terco régimen aduanero de los cultos le priva de flexibilidad. Por otra parte, la Prensa, con raras excepciones, no se esmera en dar al lenguaje corriente la acentuación literaria, y de estas rancias antipatías entre la retórica y la conversación, entre la academia y el periódico, resultan infranqueables diferencias entre la manera de escribir y la manera de hablar, diferencias que son desesperación y escollo del novelista”.

**Leopoldo Alas, “Clarín”, *Mis plagios. Un discurso de Núñez de Arce*, Madrid, 1888:**

“La mucha costumbre de haber sido gacetillero dificulta en mí, cuando no imposibilita, el empleo del estilo completamente noble; y las frases familiares, muy españolas y gráficas, pero al fin familiares, y ciertas formas alegres, de confianza, antiacadémicas, por decirlo más claro, acuden a mi pluma sin que pueda yo evitarlo”.

**Carlos Clavería, “Nuevas notas sobre los gitanismos del español”, BRAE, XXXIII, 1953:**

“La Corte fue crisol del andalucismo importado de los aficionados flamencos y del contacto íntimo de las clases altas con las inferiores [...], no fué sólo el teatro de López Silva y de los que, como Arniches y otros saineteros, siguieron sus huellas lo que contribuyó a enraizar el caló en Madrid, sino que el costumbrismo en prosa, en la novela y en el artículo periodístico, y hasta un nuevo género de poesía madrileña, dió cabida a la flamenquería del ambiente y contribuyó, sublimándolo, a su popularidad y difusión. En la expresión literaria del Madrid de C. Frontaura y A. Casero, en el de E. Ramírez Ángel y de E. Carrère y de P. de Répide y de tantos otros que simultanearon el ejercicio del periodismo con su cultivo de la lírica, de la novela y del drama, habrá que buscar la fuente de la gran difusión de muchos gitanismos del actual lenguaje popular. Ese Madrid de la vuelta del siglo tuvo mucho de Madrid flamenco, achulado a lo cañí, con un hampa que habla el caló de los colmados andaluces y de los presidios [...]; no hay duda de que los gitanismos penetran hondamente, por debajo y a través de esa literatura, en el lenguaje popular de todos los españoles”.



## 02

Federico Núñez Muñoz y Eduardo Caballero Escribano, Diccionario agropó, Sevilla, 1990:

direrto:

directo.

Un poné:

¿Tú cuále ortobú vaj a cogé, er direrto o er que pasa por Dojermana?

jameluza:

paliza.

Un poné:

Te viá da una jameluza como me saquej otro deficiente.

pretolio:

petróleo.

Un poné:

Dehde que semo uropeo hemoh cambiao er meshero yehca por er de

pretolio.

José Muñoz Díes, Aprenda almeriense en tres días, Almería, 1978:

AMOAINO – Vamos a irnos o, bien dicho, vámonos.

CONCOLE – Chato o chata. «No tiene concolé». No tiene con qué oler.

CHANGAO – «Está changao», estropeado. Tambié m se puede decir de una persona enferma. Es lo mismo que CHINGAO.

FÓLICA/O – Algo estropeado o que no funciona bien. «Tiene una pata fólica» refiriéndose a persona, no a objeto.

Manuel González Salas, Así hablamos (también). El español andaluz, Sevilla, 19943:

Ande. Dónde "¿Ande está eso?"

Cantúo. Grueso, sólido. Muy bueno, excelente.

Llorona. Tipo de borrachera que produce efecto sentimental agudo: "le ha dado, o la ha cogido llorona".

Piña. Puñetazo. "Le pegaron una piña, que así tiene el ojo. Golpe por caída o encontronazo: "¡Vaya piña que se dió con el coche!".

## 03

Senyors:

Com cada any, L'Àrea de Joventut i Esports de l'Ajuntament de Barcelona, editarà la revista "Què fem aquest estiu?", publicació que pretén donar als joves de la nostra ciutat la informació necessària per preparar les seves vacances. A la vegada, es crearà un banc de recursos que estarà a disposició dels joves que vulguin consultar-lo.



Per aquest motiu, us pregem ens envien els vostres programes i ofertes el més aviat possible. I com màxim fins a l'1 de maig de 1986.

La correspondència ha d'anar adreçada a: [...].

Agràntia seva col·laboració, els saludem atentament,

Enric Truño i Lagares.

Conseller-Regidor de l'Àrea de Joventut i Esports

Agésira Mare, (Cai), 24 d'Enero 1.986.

Zeñó:

He recibío zu carta de feshha catorse der corriente me d'Enero. Nó ha sío una jartá de difisi enterarno de lo sucedío, y má o meno eztamo cazi orientao.

Lo que toavía no z'entiende der tó e lo de "Qué fem aquest estiu?" y ezo no lo podemos conchabá. En cuantito lo zepamos le contestaremo con musho arte.

Eá, zeñores, quedar con Dió.

Juan Luis Bandrés Guerrero

(en sello] Isleña de Navegación, S.A. Dirección. Algeciras)

## 04

Publicitar 'publicar':

"Sólo resta publicitar la nueva convocatoria".

"Mañana se publicitará la decisión de los lores sobre la extradición de Pinochet".

Recepcionar 'recibir':

"El Ayuntamiento de Granada se niega a recepcionar el nuevo edificio".

"La Comisión Ejecutiva del PSOE ha recepcionado la notificación del Gobierno".

"[La creación de la policía autonómica] abre la posibilidad de recepcionar nuevas competencias en el futuro".

A nivel de 'de', 'entre', 'en':

"Reunión a nivel de ministros".

"La información se difundió a nivel de alumnos, no a nivel de la calle".

"El asunto tuvo repercusión a nivel de todo el Estado".

"A nivel de sindicatos se baraja la posibilidad de fuertes medidas de presión".

"La decisión de la Junta Militar no tuvo repercusión más que a nivel de cuarteles".

En base a 'según', 'de acuerdo con', 'basándose en':



“Se cobra en base al trabajo realizado”.

“Multado en base al artículo 128”.

“El Ayuntamiento actuará en base a los informes de los peritos, no en base a las informaciones de la prensa”.

Aportar ‘tener, disponer, presentar’:

“[Los miembros de una familia de narcotraficantes] tenían cinco chalés que aportaban grandes medidas de seguridad”.

Ofertar ‘anunciar, decir, comunicar’:

“Un bonito número ha sido el agraciado hoy en el sorteo de la ONCE y, como cada noche, se lo ofertamos...”.

## 05

La lengua de los jóvenes y de los medios de comunicación

(Javier Ors entrevista a Arturo Pérez-Reverte; La Razón, 7-junio-2003, pág. 23)

«Mientras el habla de los jóvenes se degrada, se simplifica y se hace chato, el de los delincuentes en las cárceles sigue siendo una lengua muy viva. Hoy, el habla de los delincuentes tiene una creatividad lingüística mucho mayor que el mundo limitado de los móviles».

Acerca del empobrecimiento de la lengua Pérez-Reverte dice que se «ha bajado la guardia y estoy hablando de ministros de cultura, de enseñanza, se ha permitido que los analfabetos se hayan apoderado de los medios de difusión pública sin hacer nada para impedirlo. Los políticos hablan como auténticos analfabetos. Hay discursos en el parlamento que da vergüenza escucharlos [...] y esa gente marca la pauta. Se empobrece [el idioma] porque no se le da importancia y como nadie lo valora, nadie lo cuida».

«En América todavía la lengua es una distinción social. Si tú manejas bien la lengua eres bien considerado en tu entorno social. Se supone que eres culto. En España, los analfabetos alardean de su grosería y vulgaridad sin complejos».

La lengua debe tener una «raíz de ortodoxia y unidad», pero también debe poseer la «libertad para adaptarse y unirse a los jóvenes. Los sabios de la RAE tiene que hacer compatible la tradición con la parte mestiza y moderna».

«El periodista es responsable del empobrecimiento de la lengua. Los medios de difusión y el Gobierno como responsable y directores están haciendo una vejación criminal respecto a las obligaciones del lenguaje que están manejando [...]. Mi vida es una lucha contra los vicios y los recursos del periodismo».

## 06

**tng un sms x t**

La comunicación mediante mensajes telefónicos escritos, los llamados SMS (Short Message Service: «mándame un sms», «mira lo que dice Pedro en este sms»), es habitual entre los usuarios de teléfonos móviles por su



economía (más baratos que una llamada) y rapidez (se reciben si el teléfono está operativo o cuando éste se conecte a la red). Pero dado que los teléfonos móviles no admiten mensajes largos (no más de 160 caracteres) y la pantalla de lectura es pequeña, es decir, el canal de comunicación condiciona la extensión y duración del mensaje, la práctica, sobre todo entre los jóvenes, favorece el uso de abreviaturas e impone el empleo de un lenguaje directo, como el de los telegramas o el del teletexto, en el que la eliminación de los elementos no estrictamente necesarios para la comunicación o con escaso valor semántico o gramatical es habitual. No debe olvidarse que la rápida toma de apuntes en clase ya ha acostumbrado a los jóvenes al uso de abreviaturas y que éstas aparecen con frecuencia en los exámenes.

Entre las características de la escritura de los mensajes telefónicos cabe señalar:

- Eliminación de las mayúsculas (la mayúscula inicial es automática).
- Cambios ortográficos: k suele sustituir a c y a q, la b aparece en palabras que ortográficamente tienen v, desaparición de h.
- Simplificación de los dígrafos: ll es sustituida por y, ch por x, qu por q o por k.
- El diptongo hue- suele escribirse we-.
- La conjunción y suele escribirse i.
- Eliminación o reducción de los signos de puntuación, representados las pocas veces que aparecen sólo por el punto; eliminación de los acentos. Los signos de interrogación o admiración van solamente al final de la frase.
- Uso excesivo de abreviaturas que producen frecuentemente mensajes ilegibles.

Ejemplos:

- Abreviaturas empleadas en apuntes y exámenes:

xq	'porque'.	tb	'también'.
mala_	'malamente'.	qd	'cuando'.

- Mensajes de teléfonos móviles:

tng un sms x t	'tengo un mensaje para ti'.
kaya i no agas caso	'calla y no hagas caso'.



## - Mensajes de teléfonos móviles:

tds t aprcian	'todos te aprecian'.
Knd kdmos?	'¿Cuándo quedamos?'
k l echen	'que lo/le echen'.
k l exito t acompn	'que el éxito te acompañe'.
móbt stas atntao	'muévete, estás atontado'.
bni a brm. sty cn grp	'venid a verme, estoy con gripe'.
tq muxo bss cmpañ	'te quiero mucho. Besos, compañero'.
ers tnt no tkiero ber	'eres tonto; no te quiero ver'.
anm i xlante	'ánimo y para adelante'.
q no t imxrt la jente	'que no te importe la gente'.
x ste	'por éste / para éste'.
x t	'por ti / para ti'.



## BIBLIOGRAFÍA

LÁZARO CARRETER, F., "Los medios de comunicación y la lengua española", Primera reunión de Academias de la lengua española sobre el lenguaje y los medios de comunicación (octubre de 1985), Madrid, Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, 1987.

LÁZARO CARRETER, F., El dardo en la palabra, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1997.

MOLINER, M., Diccionario de uso del español (DUE), 2 tomos, Madrid, Gredos, 1998.

RAMONCÍN, El nuevo tocho cheli: diccionario de jergas, Madrid, Temas de Hoy, 1996.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Diccionario de la lengua española (DRAE); Madrid, Espasa-Calpe, 2001.

SECO, M., Andrés, O., y Ramos, G., Diccionario del español actual (DEA), 2 tomos, Madrid, Aguilar, 1999.

UMBRAL, F., Diccionario cheli, Barcelona, Grijalbo, 1983.

